

ISBN 978-950-33-1657-3

Compilación de:
JUAN M. CONFORTE
NATALIA LORIO

La vía de lo inútil. Aportes para una revolución improductiva

La vía de lo inútil

Aportes para una revolución improductiva

Compilación de:

Juan M. Conforte

Natalia Lorio

**Colecciones
del CIFYH**



La vía de lo inútil : aportes para una revolución improductiva / Fabián Fajnwaks ... [et al.];
compilación de Juan Manuel Conforte; Natalia Lorio; ilustrado por Santiago Caruso. - 1a ed.
- Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1657-3

1. Psicoanálisis. 2. Filosofía Contemporánea. I. Fajnwaks, Fabián. II. Conforte, Juan Manuel,
comp. III. Lorio, Natalia, comp. IV. Caruso, Santiago, ilus.

CDD 150.19501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Detalle de la obra *Lies Beneath* (2012) de Santiago Caruso

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



El resto es historia. Notas sobre lo residual y el peronismo

Mercedes Vargas*

El peronismo, un inclasificable que retorna

Algunos historiadores han afirmado que la política argentina “presume de inclasificable” y que, entre los capítulos de su historia, el peronismo ha sido uno de los más enigmáticos (Macor y Tcach, 2003, p. 5). De arriba hacia abajo, de izquierda a derecha, democrático, autoritario y/o revolucionario, se podría decir que el peronismo ha funcionado casi como el nombre de, al menos, una fibra sensible y aparentemente vertebral de la sociedad argentina.

Desde su aparición, el peronismo se ha constituido en objeto epistemológico particularmente atractivo para el campo académico e intelectual, pero quizás sean ciertos interrogantes sobre su naturaleza política los que lo vuelven tan viscoso como inconsistente. Sin embargo, los diagnósticos sobre este hecho parecen rondar todavía en torno a un cuerpo sintomático, extraño y difícil de clasificar en los capítulos de la historia política argentina. Quizás por ello, más que hablarnos como un objeto histórico desde el pasado, el peronismo parece hacerlo desde su insistencia e incidencia para entender el presente.

Ahora bien, si hay un rasgo que retorna en cada revisión sobre este fenómeno político es aquel que refiere a un “aliento patológico” que concentra con su exitosa manera de “activar”, e incluso darle un estatuto unificado, a lo que aparece de otro modo como piezas sueltas del orden social: *“los grasas y las putas, los obreros y las empleadas domésticas”* (Acha y Quiroga, 2012, p. 37). A estas figuras, es posible añadir también la del “migrante interno” y la del “cabecita negra” que fueron ambos “sinónimo de peronista”, así como también la del “villero” (Germani, 1973; Ratier, 1971).

* Integrante del grupo de investigación “Psicoanálisis y Filosofía/Filosofía y Psicoanálisis: encuentros, influencias y discusiones”, (CIFYFyH).

Correo electrónico: mer_chan86@hotmail.com

De manera apresurada, es posible afirmar que si por un lado aquello que tienen en común refiere a su aspecto miserable y a la ubicación marginal que guardan en un sistema o estructura social, por otro, es justamente ese rasgo despreciado lo que le otorga protagonismo y centralidad en el análisis de la experiencia peronista. Elementos *residuales* de una Argentina *en transición*, diría Gino Germani (1956). O bien, como ha logrado narrar, de manera fantástica la pluma *de un tal* Cortázar (2010 a y b), se tratan de figuras que asemejan a un “Bestiario”, a una ruidosa “Banda de alpargatas” que de pronto aparecen en la escena principal del teatro argentino.

Pero entonces ¿qué clase de hilo une a cada uno de estos nombres y figuras entre sí? ¿Y a cada una con el peronismo? ¿Qué condensan o deslizan sus significaciones?

La primera hipótesis del presente ensayo sostiene que son justamente estos rasgos o elementos residuales los que adquieren un valor privilegiado y distintivo en el análisis de la experiencia peronista. El abordaje de estos elementos pone en evidencia la primacía de una dimensión tan constitutiva como soslayada en toda estructuración social: lo residual, lo desechable, lo inútil.

Si la sintomatología del peronismo aún lo vuelve un cuerpo difícil de integrar o ubicar bajo una grilla de inteligibilidad específica o de gramática particular, tal vez por ello exija la composición de “figuras inéditas, incómodas para las cuadrículas universitarias” y los estrechos pasillos disciplinares (Acha y Vallejo,

2010, p.9). En cambio, requiere nuevas lógicas capaces de repensar sus puntos de fuga, sus restos y elipsis como advierten Acha y Quiroga (2012). O, como intentamos proponer en este trabajo, una lógica capaz de repensar la dimensión de lo residual bajo la forma de sus restos y desechos.

Ahora bien, ¿qué tipo de lenguaje es capaz de abordar el peronismo y estas figuras abyectas?

Como ha sido señalado por una serie de trabajos, el lenguaje que mejor ha logrado transmitir qué es eso del peronismo, quizás sea aquel capaz de estetizar su aspecto despreciado y repulsivo. Julio Cortázar, “Bustos Domeq”, entre los ya póstumos, Tomás Eloy Martínez, Daniel Santoro, María Moreno, Alejandro Dolina y “Peter Capusotto”, entre los más contemporáneos, han potenciado desde su trabajo artístico, los modos de narrar y hacer inteligible el peronismo sirviéndose para ello de este aspec-

to “grasa” y miserable. Es decir, aquellos costados más enigmáticos como despreciables y siniestros.

En esta línea, la segunda hipótesis que sostiene este ensayo es que ha sido principalmente el lenguaje artístico, antes que el lenguaje académico-científico-intelectual, aquel capaz de darle un estatuto distintivo a esta dimensión residual. Dimensión que hace de este “hecho maldito” no tanto objeto de estudio como objeto de deseo, deseo de saber en torno a aquello que la ciencia conjura, excluye, reprime o desplaza al campo de lo esotérico. Desde diferentes estéticas, en el arte se dilucida una ética de trabajo con la “parte maldita”; no tanto mediante una operación de exclusión o represión sino más bien por la vía de lograr “la salvación por los desechos” (Bataille, 2009; Miller, 2009).

Como venimos trazando desde las preguntas iniciales que guían este escrito, interesa atender qué lugar y valor reciben las figuras abyectas, residuales, aquellas piezas sueltas del sistema que suelen ser vistas como aquello que mancha y “ensucia” la dinámica política argentina desde los albores de su constitución nacional, y que el peronismo evoca y reactualiza con cada retorno.

En lo que sigue entonces nos interesa desplegar algunas coordenadas que permiten trenzar estos dos hilos que articulamos a modos de hipótesis, para situar una lógica de trabajo, una analítica, que extraiga el objeto “peronismo” del campo de las oposiciones y binomios a fin de introducirlo en el campo de las paradojas que lo constituyen, que permiten abordarlo al tiempo que re-intervenirlo.

Entre restos y desechos: el estatuto de lo residual para el análisis político

La súbita entrada en escena de Eva Duarte arruinaba el pastel de la Argentina culta. Esa mina barata, esa copera bastarda, esa mierdita -como se la llamaba en los remates de hacienda- era el último pedo de la barbarie. Mientras pasaba había que taparse la nariz (Eloy Martínez, 1996, p. 70)

En un texto reciente, Eduardo Rinesi precisa acerca de la utilidad que adquiere la tragedia contemporánea, en especial las obras de Shakespeare como *Hamlet* y *El mercader de Venecia*, para exponer dos dimensiones en las que se ponen de manifiesto el carácter conflictivo de toda constitución del orden social. Al respecto, señala que mientras la obra del Príncipe en

Dinamarca gira en torno a la dislocación del *tiempo*, su interrupción, su desajuste, su trastorno o “desquicio”; *El Mercader...* hace lo suyo con la dimensión del *espacio*, presentando el carácter desigual del reparto de lugares y jerarquías en la distribución comunitaria (especialmente patente en la figura del homosexual y el judío). Rinesi advierte así que el dramaturgo inglés supo ver de antemano lo que constituye un viejo tema de la filosofía política: la contradicción que funda cualquier sociedad que se proponga desde una identidad unitaria reside en que aloja en sí misma, en su parte interna, aquello que amenaza y desafía su integridad en tanto orden (Rinesi, 2019). En este punto, la reflexión del filósofo argentino introduce el papel, estatuto o valor analítico que adquieren las categorías de restos y desechos, figuras indiciales de ese efecto de retorno que asedia al campo de la literatura argentina en general, y a aquella relativa a la historia política, en particular.

Llamo *resto* a aquello (a aquel, a aquellos) que, derrotado, ha quedado a un costado del camino, pero que al mismo tiempo no se resigna a permanecer ahí, en ese sitio en el que los que comandan la caravana que sigue transitando ese camino querrían verlo para siempre sepultado, sino que insiste, persevera: vuelve. El resto, dijimos, es lo que *no* resta. La lógica del resto, con la que podemos pensar el *desquicio del tiempo* en la historia, nos conduce de este modo a un pensamiento -que puede recoger inspiración en el del filósofo francés Jacques Derrida- sobre el lugar de los espectros en nuestra vida colectiva. En cambio, llamo *desecho* al sujeto de esa vida colectiva *después* de que aceptó des-hacerse de una parte de sí para poder seguir tomando parte en ese juego. Al *pucho* en que se ha convertido ese sujeto: a *lo que queda de él* en un mundo que es demasiado estrecho para acogerlo sin reclamarle esa “libra de carne” de la que le exige desprenderse, des-hacerse, para dejarlo entrar, para dejarlo seguir participando. Por eso la lógica del desecho, con la que podemos pensar la no coincidencia consigo, no del tiempo histórico, sino del *espacio* social, nos conduce a un pensamiento sobre la imposible adecuación entre las distintas *partes* que integran el todo de la vida de cualquier sociedad. Aquí puede sernos de provecho la obra de otro filósofo francés contemporáneo, [...]: Jacques Ranciere. (Rinesi, 2019:65-6)

Doble coordenada que Rinesi distingue sólo a los fines analíticos, como dos lógicas que se co-implican y articulan en la presencia de figuras que restan, sobran, asedian e inquietan, desechos que perturban la partición sensible del espacio.

Siguiendo esta distinción es posible coincidir en que, en primer lugar, todo tiempo histórico se presenta, indefectiblemente, no sin *restos* de su pasado. Restos que no dejan de quedar, de acechar cálculos que nunca cierren sin dejar saldo. No hay dialéctica de la historia que logre una síntesis acabada de sus elementos en relación, pues siempre queda, resta, cae, se produce en su sucesión, un resto que permanece indialectizable. El pasado incide en el presente, *relampaguea* en éste con un contorno espectral. Es esa herida, esta huella, lo que delinea un agujero en torno al cual se organiza, de manera negativa a la vez que positiva, el tiempo presente.

Ahora bien, ese pasado que resta, *aún*, en el presente, se muestra bajo las formas de aquello que dejó en su derrotero como desechos. Los derrotados por aquella operación dialéctica del tiempo, siempre conflictiva, convertidos en productos desechables-desechados. Pues en su sucesión, toda constitución de un orden “progresista”, al menos desde el nacimiento de la modernidad y el capitalismo, generando un excedente constantemente despreciado, escorias, sobras. Residuos de la producción de un sistema económico con los que nunca se sabe muy bien qué hacer, quedando siempre en cuestión qué lugar asignarles en la estructura, qué tratamiento brindarles.

Restos y desechos constituyen entonces dos formas de lo residual que “aflige” al presente y sus producciones, dice Rinesi, lo hieren, lo dividen, le conciernen. Aquello que fue, que se perdió, que transformó el terreno cultural y ético sobre el cual la sociedad se erige en su actualidad: la exclusión de una parte que se intentó aniquilar, desaparecer, extirpar, mella que no es posible suturar, cerrar, sino que su marca incide en el tejido social que habitamos (2019, p.108).

En efecto, ‘restos’ y ‘desechos’ no son [...] sino los nombres con los que dos estrategias conceptuales diferentes y complementarias nos permiten identificar los vestigios que nos hablan, [...] del desgarramiento de la vida individual y de la vida colectiva de los hombres en un mundo desigual e injusto. Que ni nos concede el reposo a los sobresaltos de la historia en la fantasía progresista [...] ni nos regala la gracia de una vida menos miserable, de unas existencias menos ruinosas (Rinesi, 2019, p. 113)

A partir de estas precisiones conceptuales, es posible pensar el peronismo como “un vestigio que nos habla de aquel desgarramiento o herida que queda como marca. Pues “esa herida actúa también como una afección en

el propio cuerpo del lenguaje con el que podemos tratar de procesarla” (Rinesi, 2019, p. 112). Bajo las diferentes formas que adquiere su retorno, el peronismo se presenta desde esta doble coordinada constitutiva del conflicto que Shakespeare supo ficcionar: la dislocación del tiempo y del espacio. El peronismo reaparece, cada vez, como una porción de aquel pasado que insiste en volver, en actualizarse, que asedia el presente como herida, como trauma de una escena primordial.

Como hipotetizamos al inicio, el peronismo pareciera funcionar como un tipo de lógica específica y constitutiva de lo social entre cuyos elementos invariantes se juega la intromisión perturbadora, amenazante, mortificante de lo abyecto. Aquellos restos de una historia que asedian al presente siempre bajo la lógica de lo desechable, lo inútil, lo improductivo. La *parte maldita* que nos integra y amenaza al mismo tiempo: negros, cabecitas, migrantes, villeros o, dicho de otro modo, “peronistas”. Como señala Eloy Martínez en la cita que inicia este apartado:

Los argentinos que se creían depositarios de la civilización veían en Evita una resurrección obscena de la barbarie. Los indios, los negros candomberos, los croto, los malevos, los cashios de Arlt, los gauchos cimarrones, las putas tísicas contrabandeadas en los barcos polacos, las milonguitas de provincias: ya todos habían sido exterminados o confinados a sus sótanos de tiniebla. (1996, p. 70)

Figuras sociales asimismo caracterizada por cierta forma improductiva de gozar la vida: vagos, holgazanes, sucios, cuyo gasto no engarza en los engranajes del sistema económico-racional. Cada una, en cambio, se muestra y define como productos residuales de un proceso más amplio, que no logra absorberlos y del que van quedando como sobras y escorias, *mierdas*. Como resalta Santoro, “El peronismo es mierda, está lleno de mierda. [...] Me sale una cosa que dice el Tata Cedrón: ‘soy peronista, no pude ser mejor’” (Santoro, 2016). El peronismo hace ingresar a las superficies las cloacas del in-mundo y con ello el desecho, la malversación, el derroche, la pérdida. ¿Será, entonces, como afirma el escritor Carlos Godoy que, “Un peronista es peronista sí, y solo sí, premia lo miserable?” (2013, p. 12-3)

Quizás sea en este sitio en el que sea posible introducir la pregunta por *el modo* en que estos efectos de retorno y “anomalías” del paisaje que se deslizan a lo largo y ancho de la historia política argentina en general,

y del peronismo en particular, han sido tratadas, leídas, trabajadas por ciertos campos del saber y del hacer. Orientarnos por una analítica capaz de entender este modo particular que adquiere el reparto de lo sensible, en su dimensión espacial y temporal, implica entonces prestar atención al carácter irreductible de los elementos residuales, que se definen como obstáculo o crisis de cierto “orden”, para desde allí pensar un modo de proceder con estos y sus implicancias ético-políticas. Cabe destacar en este punto, que esta “presencia” residual y perturbadora ha adquirido diferentes estatutos en el campo de la filosofía, la política, pero principalmente desde el arte y el psicoanálisis. En estos dos últimos campos, el trabajo con los desechos se apoya en procedimientos orientados a “lograr su salvación”.

Es con esta fórmula, la salvación por los desechos que él [Paul Valéry] define el surrealismo, la vía escogida por el surrealismo. Y digo ‘la vía’, en el sentido del Tao. *Es el camino. Es también el modo de hacer, de colocarse, de deslizarse en el mundo que es el discurso.* (...) Y por cierto que la promesa surrealista nunca habría sido proferida si no hubiera habido antes el psicoanálisis, el descubrimiento freudiano, que fue como sabemos, primero el de los desechos de la vida psíquica, esos desechos de lo mental que son el sueño, el lapsus, el acto fallido y más allá, el síntoma. El descubrimiento también de que, de tomarlos en serio, y si les presta atención, el sujeto tiene la oportunidad de lograr su salvación (Miller, 2009).

En torno a esto último situamos nuestra segunda hipótesis: que ha sido el campo del arte, desde sus recursos estéticos, el registro que mayormente ha podido delimitar estos bordes sensibles de un hueso difícil de roer como el de la experiencia peronista. Estética como técnica de un proceder ético-político que exige asimismo del investigador una disposición sensible y apertura por un *que hay*. La posibilidad de escucha-lectura-escritura respecto de una diferencia absoluta, elaborando con ella un modo de transmisión de aquello que de otro modo se muestra bajo la forma del ruido, de la mancha, del desecho informe ¿Cómo procede un análisis desde esta vía?

A continuación, intentaremos puntuar algunas coordenadas que consideramos orientan en torno a esta apuesta. Pues, si el lenguaje del arte es capaz de hacer inteligible de otro modo el peronismo, éste no extrae su orientación sino de una ética de trabajo que fue posible a partir del descubrimiento freudiano, esto es, tomar en serio el estatuto de lo irreductible,

aquella dimensión de la pérdida que hubo que descontar, des-hechar, para ingresar al ordenamiento de una comunidad.

La salvación por los desechos: hacia un tratamiento ético-estético del peronismo

Como adelantamos al inicio, en los últimos años, ha sido el arte de Grete Stern, Osvaldo Lamborghini, Néstor Perlongher, Daniel Santoro, María Moreno, Alejandro Dolina, “Peter Capusotto” y Carlos Godoy, entre los más contemporáneos, quienes quizás pudieron trabajar de la “buena manera”, si es posible nombrarlo así, con los *restos* de la historia política. Desde sus diferentes estéticas se dilucida una ética de trabajo que otorga a lo abyecto, lo maldito, lo sagrado un nuevo estatuto.

Recogemos en este trabajo algunas notas desplegadas por Daniel Santoro no tanto para analizar su obra sino, por el contrario, para auscultar en la lógica analítica que orienta su trabajo artístico con el peronismo.

Como ha señalado en algún lugar el mencionado artista plástico (Santoro, 2016), el peronismo reúne a “los peores”, y allí se contamina e inmiscuye de sustancias desagradables, se compone con lo defecado, pues, el peronismo “es mierda”. Como cualquier organismo vivo, se compone de los residuos producidos por su propio sistema. Sin embargo, no trata tanto de expulsarlos, evacuarlos y desecharlos, sino por el contrario, de apoyarse en éstos para hacer con ello un singular modo de construcción política, en el que esta dimensión residual es enaltecida, elevada en su dignidad. Verbigracia, a la hora de diseñar e implementar una política social para la clase trabajadora como fue la construcción de viviendas populares siguiendo el modelo de los chalets californianos, y los espacios recreativos para niños más conocidos como la “ciudades infantiles”:

Cuenta José María Castiñeira de Dios que cuando se empezó a construir Ciudad Evita, él era asesor de Evita, y junto a otro compañero entraron en su despacho y vieron una maqueta de un chalecito californiano.

[...]

Francisco Bullrich era el representante de una gran empresa europea y pidió una reunión con Evita. A esta reunión concurrió Castiñeira, que

contó que el planteo que le hizo fue una cuenta muy fácil de entender, absolutamente irrefutable: por la misma plata con que se hacía un chalecito californiano como los que estaban por hacerse en Ciudad Evita, él le podía construir casi 50 unidades premoldeadas de monoblocks.

Sin embargo y contra toda lógica Evita le preguntó primero cómo se iba a ver estéticamente eso, y Bullrich le contestó con un eufemismo: “como una vivienda obrera”.

‘¿Qué quiere decir?’, le pregunto Evita. Y entonces él le dijo que se iban a ver como casas de pobres... [...]

En los dormitorios de la ciudad estudiantil: el piso es de roble de Eslovenia, las cortinas son de vual suizo... Un gasto impresionante para el confort de los chicos más pobres, de la infancia abandonada. Lo que era antes un orfelinato. ahora tenía ese [otro] aspecto. Esto marca... (Santoro, 2019)

La anécdota de Santoro permite reflexionar en torno a la composición del peronismo, las impurezas y escorias de las que está hecho, y que reúne en su armado. Pero principalmente esgrime la lógica que estructura su dinámica y modo de construcción política. Esto es, el modo desde el cual el peronismo propone “combatir al capital” como expresa la marchita. Se trata de un conflicto que se detona desde el momento en que su economía política re-introduce, entre las relaciones de trabajo y las de producción, aquellos elementos que perturban tanto las máximas del capitalismo como las del comunismo. Pues, si por un lado socava el mandato de cualquier idea de optimización del dinero sin pérdida ni gasto improductivo, por el otro, tampoco exige el sacrificio del sujeto mediante la austeridad o una lucha entre clases donde “los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda” (Santoro, 2016). Ya que, ni el pan es el menú al que se aspira lograr con los derechos laborales de los trabajadores ni la mierda el alimento merecido para los dueños del capital. “El peronismo nunca le hace comer mierda a nadie” (Santoro, 2016).

En este sentido, Santoro define al peronismo como una lógica que transgrede cierto imperativo tendiente al empuje, la exigencia, de optimizar al máximo la ganancia del capital. En cambio, hace ingresar en su *reparto de lo sensible* un elemento que heterogeiniza la homogeneidad del capital.

Sin embargo, esta intromisión del elemento desechable convive al mismo tiempo con una visión integrada de lo social, es decir, si bien conflictiva, orientada a conciliar tal disparidad en una armonía comunitaria, en la conjunción de elementos disímiles, que cohabitan un mismo espacio simbólico: por ejemplo, bajo la ficticia forma de una comunidad organizada. Organización que implica una visión comunitaria armoniosa que se genera por medio de una fuerza primera destructiva, aniquiladora: socavar, boicotear la lógica del capital para edificar una nueva sociedad donde *cada ladrillo sea peronista*.

No es muy distinto de los atributos de la diosa Kali, ella absorbe, destruye y a la vez entrega esos restos reelaborados convertidos en una promesa de futuro. Es el mismo gesto que asume Eva Perón cuando amenaza desmontar nuestras ciudades y hacer que todos los ladrillos sean peronistas. La famosa consigna de la marcha con su llamado a combatir el capital debiera ser pensada como una dilapidación que no tiene en cuenta las leyes del mercado. (Santoro y Fava, 2019, p.17)

Aquel sintagma esgrimido entonces, “ni yankees ni marxistas, peronistas” alude a un hacer que se orienta por una lógica generadora de un exceso, un resto improductivo que se enaltece, se dignifica, se vanagloria como horizonte de bienestar para la felicidad del pueblo. En el peronismo es justamente este aspecto del engranaje que adquiere un lugar diferencial, produciendo algo inédito en el circuito de la economía material y, asimismo, libidinal de la sociedad: desecho improductivo convertido en un resto dignificado que adquiere un nuevo valor bajo la forma de un nuevo ordenamiento del tiempo y del espacio: vacaciones pagas, ciudades infantiles, viviendas obreras confortables, fiestas con “sidras y pan dulces” y una asidua vida cultural y de consumo en expansión como señalan los trabajos de Karush y Chamosa (2010) y Milanesio, (2014).

Un tiempo-espacio de soberanía, podríamos pensar junto a Bataille (2009), en que el derroche y hasta la destrucción de los bienes de consumo alojan una economía libidinal disruptiva, un modo de gozar con el cuerpo, individual y colectivo, disímil. Bajo la forma de una política social y su singular diseño, lo residual, lo desechado recibe un tratamiento estético diferencial, en el que transforma su estatuto y es reinsertado en el circuito de una economía nueva: la del intercambio y el lazo social y político.

Lo que el arte siempre ha hecho, dice Miller, es estetizar el desecho. Esa es su vía, su camino, su procedimiento. Un modo de habitar el mundo, de *deslizarse en el discurso*, como expresa (Miller, 2010). Elevar la dignidad del desecho mediante la sublimación, efectuando una “socialización del goce” (Miller, 2009). Pues el goce no es nunca algo que eleva, que “tira para arriba”, como diría la canción de Miguel Mateos. Esa operación de elevación es más bien una fuerza que requiere de un sujeto decidido a traccionar. Fuerza soberana que el sujeto extrae de su experiencia con aquella *otra escena* que abre la política peronista en su transformación del paisaje. Sin tal operatoria, el goce se manifiesta en su forma más cruda, y al desnudo, rebajando al sujeto a no ser más que un desecho, esclavo de un significante que hace de él algo indigno y despreciable.

Pero entonces, ¿qué tipo de sustancia es el desecho?:

[¿]Que es el desecho? [...] [¿]Qué es lo que es desechado y especialmente desechado al término de una operación de la que no se retiene sino el oro, la sustancia preciosa que ella aporta? El desecho de lo que los alquimistas llamaban *caput mortuum*. Es lo que cae, lo que se desprende, lo que por otro lado se eleva. Es lo que se negativiza o lo que se hace desaparecer mientras el ideal resplandece. [...] Mientras que el desecho es lo informe, es extraído de una totalidad de la que no es sino pedazo, pieza suelta. (Miller, 2009)

El desecho entonces aparece como aquel sobrante, que se negativiza mientras el ideal resplandece, expresa Miller. Lo que cae y se desprende de un lado mientras que por el otro se eleva. Sin embargo, se asemeja a un metal valioso, una pieza suelta, pero preciosa o de gran valor. Es esta vía de tratamiento con el peronismo, la que nos permite leer el discurso artístico, la que podemos situar bajo la fórmula de “la salvación por los desechos”, lo que el peronismo hace desde su política social, y lo que Santoro realiza en su trabajo con el peronismo:

‘Lograr su salvación’, la expresión es religiosa. Pero no traduce mal que no es sólo una cuestión de salud, de curación, sino que más allá del síntoma, o bajo el síntoma, se trata de una cuestión de verdad. Una relevación de saber que conlleva con ella la realización de una satisfacción que, si puedo decirlo así, el desarrollo sostenido de una satisfacción superior (Miller, 2009)

Tratamiento de aquellos restos desechados de la historia política, o un nuevo modo de proceder con éstos, en el que el método se implica con una estética y una política. Estética que, no sólo expone el objeto de indagación y exploración en sus diferentes ángulos, mostrando sus diferentes aristas, sino que lo interviene, redistribuye sus elementos de un nuevo modo, los amalgama, los saca de las jerarquías preestablecidas, de su corset categorial.

En torno a estas cuestiones es que consideramos que se desprenden algunos corolarios que nos remiten a considerar que en el lenguaje estético de Santoro se encuentran herramientas potentes para bordear el peronismo desde una ética de los restos. Esto es, un modo en que la pulsión mortificante y destructiva que empuja hacia un saber excedido de sentido puede ser puesto a trabajar apoyándose para ello en el carácter ilimitado que rodea al objeto y su imposible clausura de sentido; pero que al mismo tiempo se reinventa frente a la asunción de un límite, de su imposibilidad de ser representado plenamente.

La obra de Santoro demuestra la heterogeneidad que compone y de lo que está hecho el peronismo. Aquellas piezas sueltas desperdigadas por los años transcurridos en nuestra historia política y que re-aparecen allí, en la mirada del artista sobre el hecho. El encuentro del espectador con la obra es entonces un reencuentro, quizás con un costado opaco, otro, de sí mismo.

Todo el mundo supone las cosas que habría en el interior del peronismo, como también se especula sobre lo que hay dentro de un agujero negro. Pienso que ahí adentro hay vacío, que nos termina sorprendiendo con entregas de energía en las formas de nuevos peronismos. Lo del ‘agujero negro’ [...] expresan metafóricamente ese lugar vacío, oscuro, donde no llega lo simbólico; lo único que podemos hacer es bordearlo. Cualquier definición del peronismo solo llega al borde y lo que hay dentro del peronismo, más allá del horizonte de sucesos, es un reverso vacío (Santoro y Fava, 2019, p. 16)

Es justamente cierta lógica *analítica* que se ubica en la frontera del campo de indagación *peronológica*, la que ha permitido tratarlo desde sus bordes e intersticios, es decir, donde el objeto “peronismo” puede ser concebido desde su carácter paradójico y ambivalente. Esta posición de indagación no se orienta tanto por sumar sentido a lo que ya tiene en demasía.

En cambio, se orienta por situar dónde es que éste se detiene, o bien se pliega, muestra sus dobletes, sus ambages. Desde allí el peronismo exhibe efectos atractivos y repulsivos, que lo habitan y que éste desencadena en tanto experiencia subjetiva. Como señala Santoro, no se trata tanto de comprender, en cambio, intentar que el trabajo sobre el peronismo se constituya en un proceso de indagación, no para definirlo sino para problematizarlo, cada vez, en su coyuntura.

El lenguaje artístico, nos remite a meter *las patas en la fuente*, en la materia de la que está hecha el peronismo a través de sus inscripciones en diferentes superficies archivísticas, para recorrer aquellas figuras sucias, miserables, inútiles, que operan como obstáculo para el análisis.

En el cruce de lenguajes analíticos entre historia, política y estética es posible pensar una analítica otra, que admita la convivencia de lo múltiple y los terceros excluidos, cual lenguaje de los sueños, de la mística, lo esotérico. Un goce, otro, que lo habita, nos habita. Quizás debamos entonces, a partir de estas consideraciones, llevar el peronismo al diván, para deconstruirlo, problematizarlo, trabajar sobre su carácter singular e inclasificable, y tal vez allí, desdoblar aquel otro del sí mismo que se implica en la pregunta por *qué es eso*.

Bibliografía

- Acha, O. y Vallejo, M. (editores) (2010): *Inconsciente e historia después de Freud. Cruces entre filosofía, psicoanálisis e historiografía*. Buenos Aires: Prometeo.
- Acha, O. y Quiroga, N. (2012): *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario: Prohistoria.
- Alabarces, P. (2011): Libros y alpargatas: ¿me puedes explicar qué es eso del peronismo?. En *Peronistas, populistas y plebeyos. Crónicas de cultura y política*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bataille, G. (2009): *La parte maldita*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Cortázar, J. (2010)a: *Bestiario*. Buenos Aires: Alfaguara.

Cortázar, J. (2010)b: *La Banda*, en *Final del Juego*. Buenos Aires: Alfaguara.

Eloy Martínez, T. (1995): *Santa Evita*, Buenos Aires: Planeta.

Gamerro, C. (2007): Julio Cortázar, inventor del peronismo. En Korn, G. (comp.) *El peronismo clásico: descamisados, gorilas y contreras*. Buenos Aires: Paradiso.

Germani, G. (1956): *Política y Sociedad en una época en transición*, Buenos Aires: Paidós.

Germani, G. (1973): El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos. *Desarrollo Económico*, XIII, 485-488.

Godoy, C. (2013): *Escolástica peronista ilustrada*, Buenos Aires: Interzona.

James, D. (s/f): “Coda a ‘Quemando el Parquet’: el concepto de abyección y su utilidad (o no) para entender a los migrantes santiagueños”. Inédito. Contribución del autor.

Karush, M., y Chamosa, O. (comp.) (2010): *The New Cultural History. Power and Identity in Mid-Twentieth Century Argentina*. Durham and London: Duke University Press, 2010.

Lacan, J. (2003): Kant con Sade. *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Macor, D. y Tcach, C. (2003): El enigma peronista. En *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 5-31.

Milanesio, N. (2014): Cuando los trabajadores salieron de compras. Siglo XXI: Buenos Aires.

Miller, J. (2009): La salvación por los desechos. *El Psicoanálisis, Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, 16, Noviembre, Barcelona, España,



- Ratier, H. (1971): *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Revista La Baldrich, “El peronismo es la democratización del goce: Daniel Santoro sobre Lacan y Evita”, 8 de enero, 2010. Disponible en: <http://www.labaldrich.com.ar/el-peronismo-es-la-democratizacion-del-goce-daniel-santoro-sobre-lacan-y-evita/>
- Rinesi, E. (2019): *Restos y desechos: el estatuto de lo residual en la política*, Buenos Aires: Caterva Editorial.
- Santoro, D. (2016): En el peronismo no podés trazar límites, el peronismo es de arena. En: <https://revistazoom.com.ar/daniel-santoro-en-el-peronismo-no-podes-trazar-limites-el-peronismo-es-de-arena/>
- Santoro, D. (2019): Mal que les pese a los gorilas. En <https://www.elcohetelaluna.com/mal-que-le-pese-a-los-gorilas/>
- Santoro, D. y Fava, J. (2019): *Peronismo. Entre la severidad y la misericordia*, Buenos Aires: Las Cuarenta.